

## Pisar la historia

*In memoriam Pilar Acosta Martínez y Manuel Carrilero Millán, con el entrañable cariño que siempre les he tenido*

Definir la arqueología urbana debería ser una tautología: arqueología urbana es el estudio arqueológico de las ciudades. Sin embargo, esta definición no es exacta. El concepto de arqueología urbana ha variado mucho desde las primeras excavaciones realizadas en las ciudades. En la actualidad, incluso, ha quedado algo anticuado: se prefiere denominarla gestión del patrimonio arqueológico urbano. La arqueología urbana ha ganado y perdido matices a lo largo de este proceso, el principal de ellos es la finalidad investigadora que debería animar toda actividad arqueológica.

Palabras clave: arqueología urbana, gestión del patrimonio arqueológico urbano.

To define the urban archaeology should be a tautology: urban archaeology is the archaeological study of the cities. However, this definition is not exact. The concept of urban archaeology has varied from the first excavations carried out in the cities one hundred years ago. At the present time, even, it has been something obsolete: it is preferred to denominate it management of the urban archaeological heritage. The urban archaeology has won and lost shades along this process, the main lost has been the investigating aims that should encourage all archaeological activity.

Key words: urban archaeology, management of urban archaeological heritage.

### Introducción

La investigación arqueológica de las ciudades resulta una actividad apasionante. Son excepcionales libros donde estudiar los últimos ocho o diez mil años de historia del género humano sin solución de continuidad: sus logros y frustraciones están reflejadas en ellas. Las ciudades son los hechos sociales por antonomasia, que condensan todos los avatares materiales y espirituales no solo de quienes han sido sus inquilinos, sino también de sus entornos próximos y distantes. No puede escribirse ninguna historia del género humano sin prestar atención a la aparición y multiplicación del fenómeno urbano.

Apasionante, sin duda; pero en modo alguno fácil cuando ha de realizarse en ciudades que aún están vivas. Hacer frente a esta dificultad ha requerido una especialización de la arqueología, denominada

arqueología urbana, nacida en Europa y que se ha extendido a todos los continentes donde se practica este tipo de indagación.

Pero la arqueología urbana también resulta preocupante. He intentado manifestar esta preocupación en mi libro sobre arqueología urbana (RODRÍGUEZ 2004); y he insistido en ello, con posterioridad, al analizar el resultado de veinte años de gestión de la arqueología urbana en Andalucía, en relación con el conocimiento del nacimiento del urbanismo islámico en las medinas andalusíes (RODRÍGUEZ 2006). Me preocupa sobre todo porque observo que la investigación se ha quedado atrás en la implementación de instrumentos y programas referidos a la arqueología urbana. En efecto, los instrumentos de protección y prevención, los mecanismos de financiación o la integración de vestigios arqueológicos, están siendo objeto de creciente interés, manifestado en la celebración de

seminarios, jornadas y demás encuentros auspiciados por las administraciones culturales o las universidades. Nada tengo que objetar a esa preocupación por cerrar el ciclo de la tutela del patrimonio arqueológico urbano, pero echo en falta que no ocurra lo mismo con la investigación en sus más variados aspectos: la gestión conjunta y comprehensiva de las colecciones de datos extraídos de las excavaciones urbanas; su cualificación mediante el uso de analíticas adecuadas; la publicación de informes y memorias o, al menos, su archivo en formatos que sean accesibles a los investigadores sin necesidad de desplazarse a la sede administrativa donde se almacenen físicamente, entre otros aspectos. Esas carencias provocan que, por ejemplo, en los estudios específicos sobre urbanismo antiguo o medieval se aprecie escasa incorporación de la actividad arqueológica urbana de los últimos veinte años, rindiendo inútil el esfuerzo de gestión realizado por las administraciones, así como el obligado “mecenazgo” privado de la inmensa mayoría de las intervenciones arqueológicas. A casi nadie parece preocupar la necesidad, o por lo menos la conveniencia, de impulsar programas de investigación que den salida al monto incoherente de excavaciones realizadas, orientando la información que pueda recuperarse de ellas hacia problemas históricos concretos y, desde luego, no está en la agenda de las reuniones de arqueólogos a las que me he referido.

La investigación a la que aludo no debe confundirse con la mera descripción de lo hallado y una hipótesis improvisada *ad hoc* para explicarlo solar a solar. Me refiero a una comprensión global e integrada de toda la información susceptible de ser recuperada en las excavaciones, analizada con posterioridad y complementada con el soporte analítico adecuado. Investigación que debe estar orientada, por aquellos equipos interesados en llevarla a cabo, hacia la dilucidación de problemas históricos concretos, a donde no se llega por la mera yuxtaposición de informaciones inconexas. Esta labor no es un mero prurito erudito ajeno a la tutela del patrimonio arqueológico, sino la piedra angular de nuestra actividad, y la razón por la cual estos bienes reciben un tratamiento distinto que los separa del tráfico jurídico ordinario. Ella debía orientar a los demás instrumentos que permiten gestionar la arqueología urbana, así como su disfrute social ya en un museo, ya *in situ*.

La ciudad entendida como contenedor de obras de arte y monumentos ha estado presente a lo largo de la mayor parte de la historia de la arqueología. Precisamente por ello, la recuperación de su pasado con fines presentistas y su eventual preservación han sido prolíficas vías para la investigación histórica y para el desarrollo de instrumentos de salvaguarda de sus vestigios materiales. Pero la preocupación intelectual de los arqueólogos por la ciudad, entendida como yacimiento único, de cara a dilucidar los procesos históricos que han regido sus distintas fases de expansión o replegamiento no solo ha sido una preocupación bastante tardía sino que, para colmo, ha durado bastante poco, como se verá en las páginas siguientes.

## La arqueología urbana desde su “prehistoria” al siglo XXI

Haciendo un uso muy generoso de los términos, podría establecerse un recorrido a lo largo de la arqueología urbana *sensu lato* que, para el ámbito europeo occidental al que se refiere este trabajo, podría comenzar en la tardoantigüedad. Durante la mayor parte de este trayecto fue el corazón de la anticuaria, de la que nacerá la arqueología durante el ochocientos. Lógicamente, las distintas etapas por las que ha pasado la arqueología urbana, a escala general, no están recogidas en todas las ciudades europeas; es más, en muchas la indagación arqueológica de su pasado es una práctica reciente.

En sus inicios, la arqueología urbana estuvo asociada al reconocimiento del pasado de las ciudades. Y este se hacía presente cuando se le otorgaban determinados valores o funciones a sus vestigios visibles, por encima de la utilidad inmediata que prestaban, ya fuera porque seguían en uso ya porque se utilizasen como canteras. Uno de estos servicios, quizás el principal, ha sido el de legitimación de determinadas aspiraciones políticas y sociales. Esta suerte de justificación, presente en toda opción política que haya dejado constancia, genera la atmósfera propicia para el desarrollo de una sensibilidad especialmente proclive a la preservación del legado material de aquellos tiempos con los que se trata de establecer una relación directa.

En el mundo occidental, ninguna civilización ha fomentado más el deseo de identificación que la clásica, especialmente el Imperio romano. Existen tempranos ejemplos fuera de la península italiana de este fenómeno, pero será lógicamente en la propia Roma donde se evidencia este proceso con mayor rotundidad. La Ciudad Eterna nunca había visto morir del todo los testimonios de su glorioso pasado y, en pleno siglo VI, un prefecto de la ciudad decretó la reparación de un conjunto escultórico representando elefantes por mor de que las generaciones futuras pudiesen conocer la apariencia de esos animales (WAYWELL 1995, 271). Durante los siglos XII a XIV, vista la ciudad como *Imperii sedes* por papas y emperadores germánicos, la convivencia con la Antigüedad adquiere un sesgo nuevo y el aprecio emotivo que siempre habían tenido las ruinas se torna en cuidado efectivo, como demuestra la promulgación por parte del senado romano de un edicto, en 1162, para la protección de la columna Trajana, que imponía penas severísimas a quienes se atreviesen a transgredirlo, a pesar de que el expolio de materiales constructivos siguiere teniendo connotaciones económicas importantísimas para la época (MOATTI 1989, 13-28).

El Renacimiento fue un periodo especialmente proclive al estudio y comprensión de la cultura clásica a través del renovado interés por la filología, al que se unió la búsqueda sistemática de inscripciones, con objeto de rescatar, con avidez, la “memoria de las piedras”, antes de que se reutilizasen en cualquier construcción. Pero sobre todo se distancia de la Edad Media por la adquisición del sentido de historicidad, de cambio histórico a lo largo del tiempo (ROUSE 1995, 53 s.). Esta nueva actitud hace trascender la

percepción del estado de ruina de los monumentos, para adquirir un nuevo significado vinculado a su función de representantes vivos de la Antigüedad. La literatura arqueológica que surge en ese momento es de carácter topográfico y deudora formal de las guías medievales. Su principal foco de atención se centra en el conocimiento del monumento, rescatándolo del mundo de la leyenda en que lo había envuelto la Edad Media. Pero este acercamiento hacia el bien inmueble o mueble será sobre todo literario, basado en textos clásicos, y no afrontará su estudio analítico hasta mucho más tarde. La arqueología no se había desarrollado y en el subsuelo de Roma solo se buscan obras de arte para incrementar las colecciones de príncipes y papas, aunque gracias a ellas se pongan al descubierto importantes conjuntos, sobre todo a finales del siglo XVI, de la mano de personajes como Pirro Ligorio (MOATTI 1989, 33-48).

A partir del siglo XVI, y durante el siglo XVII, se desarrolla en España, y con un especial énfasis en Andalucía, un interés por la Antigüedad, el coleccionismo anticuario, la epigrafía, la numismática y la historia local. Las razones hay que buscarlas en el nacimiento del nuevo Estado unificado y la vinculación imperial de la monarquía española, que desea identificarse con unos orígenes desligados del mundo musulmán inmediato, así como a las nuevas corrientes renacentistas introducidas en España. Como señala Fernando Gascó, si el pasado clásico tenía prestigio y buena parte de lo conocido de él, a través de las fuentes, se había desarrollado en Andalucía, resulta comprensible que se quisiese establecer un nexo de unión, roto durante la Edad Media, entre el presente y ese pasado glorioso. Pues bien, uno de los principales ámbitos donde se plasma esta búsqueda de precedentes clásicos es al indagar sobre el pasado de las ciudades. “Al actuar así no hacían sino seguir la preceptiva clásica, el modo griego y la imitación latina que recomendaban hablar del origen y antigüedad de la ciudad, cuando se proponía su encomio” (GASCÓ 1993, 12).

En muchos de estos eruditos hay una conciencia clara sobre la aparición de restos conforme se realizan los cimientos de las casas, ofreciendo ejemplos de observaciones de carácter arqueológico. Rodrigo Caro aporta muestras de ese interés al contrastar sus conjeturas con la evidencia estratigráfica. Así, para confirmar la existencia de un brazo del río Guadalquivir que delimitaba la Sevilla romana, y cuya huella queda recogida en la propia trama urbana de la ciudad, alude de forma expresa: “Efto fe manifiesta mas, porque en muchas partes, abriendo çanjas en lo muy profundo, halan arena lavada, que es feñal de la antigua corriente del rio”. Algo más adelante, cuando le toca hablar de la villa de Utrera (Sevilla), tras descartar que sea Illiturgi, Itálica o Searo, no duda sin embargo de su probado origen antiguo: “Lo que haze mas indubitable fu antigüedad, es lo que cada dia vemos, y tocamos con las manos, pues dentro de las murallas no fe cava en parte alguna, aunque fea dos, o mas eftados, que no se encuentren con antiguos cimientos, y edificios, como lo vimos en las canjas de la Capilla del Bautifmo de la Parroquia de Santiago...” (CARO 1982, 26 y 137v).

Contemporáneo suyo, el padre Martín de Roa s. j., al glosar las grandezas de Écija, dedica amplios capítulos a la topografía antigua, así como a la epigrafía y a los estudios prosopográficos. En ellos no deja de lado señalar hallazgos acaecidos durante las obras: “Véanse además de esto cabando [*sic*] dos varas, pavimentos ó suelos de grandes losas cuadradas con pulimento. Hay opinión que hubo en este lugar algún edificio público, de algún circo, templo o curia” (ROA 1890, 66), refiriéndose a la calle Mármoles, donde en efecto se encuentra el foro de la colonia astigitana (RODRÍGUEZ 1990).

A salvo de estas precisiones estratigráficas tempranas, las consideraciones topográficas de estos estudiosos se centran, en la mayor parte de las ocasiones, en asociar los topónimos recogidos por las fuentes o sacados de las inscripciones con las ciudades de su momento. Para las ciudades que son objeto de un estudio más detenido, este se limita a la atribución de los vestigios existentes a época romana, cotejando lo conocido con la panoplia de monumentos que, según la preceptiva erudita, debía engalanar toda urbe clásica a imitación de Roma. En pocos casos, si alguno, hay descripciones detalladas de las ruinas que, una vez identificadas, se asimilan a los modelos de ese tipo de edificaciones. Destaca también la continua alusión a los bárbaros destrozos ocurridos sobre la ciudad clásica, al comprobar que ya no queda nada en pie de su pasado esplendor y que, bajo la ciudad actual, lo único que aparecen son fragmentos de sus magnificencias enterrados, en muchas ocasiones, por metros de sedimentos.

Estas crónicas, en los casos que no surgieron de la fantasía del autor, pasarán como legado a la naciente arqueología clásica, fijando ya el interés que tenían determinadas ciudades, cuya identificación con las conocidas por las fuentes estaba, en los casos más notables, fuera de toda duda. Los estudios topográficos; la localización con cierto margen de seguridad de las principales ciudades descritas en las fuentes, y la asignación de edificios monumentales, normalmente en estado ruinoso o enmascarado por construcciones posteriores, al pasado de la ciudad, aunque haya errores en su datación, están entre las principales aportaciones de este periodo.

El setecientos, por encima de otras consideraciones, se destacó como el siglo en que comenzaron las grandes campañas sistemáticas de excavación, precisamente a cargo de la Corona española en Pompeya, Herculano y Stabia. Estas excavaciones se convirtieron, en los años centrales del siglo XVIII, en una de las principales obsesiones de la comunidad intelectual europea. Los hallazgos estuvieron en la base de los debates sobre la cultura artística en los círculos e instituciones ilustradas y en el nacimiento de muchas colecciones particulares, gérmenes de posteriores museos, así como de una conciencia crítica de la responsabilidad sobre la conservación de los hallazgos arqueológicos (CALATRABA 1988).

No obstante, a pesar de los postulados winckelmanianos y de la polémica surgida a raíz de las excavaciones pompeyanas, la nueva ciencia hizo del objeto y del monumento aislado el objetivo primordial de análisis, minimizando la importancia del lugar donde

se producía el hallazgo o se enclavaba el inmueble. La inmensa mayoría de las excavaciones realizadas en ese siglo, y en buena parte del siguiente, no se diferenciaban en nada de una búsqueda coleccionista (TRIGGER 1992, 44-48). Criterio que puede aplicarse a la mayoría de las realizadas durante ese siglo por académicos, eruditos y clérigos en España (NEGUERUELA 1993). Quizás, por su excepción, quepa hacer mención especial de los trabajos realizados por Manuel Villena en Mérida, de la que dibujó los monumentos más destacables, excavó hasta el nivel original el arco de Trajano, descubriendo la existencia de una calle, así como en la actual calle Holguín, donde intuyó que se encontraba el foro (CANTO 2001).

El principal efecto de esta actividad arqueológica fue la multiplicación del número de los gabinetes de antigüedades y curiosidades, cuyas piezas pasaron a formar parte de las colecciones fundacionales de los museos arqueológicos provinciales en la centuria siguiente (TARACENA 1949).

Especial consideración merece el lento pero perceptible proceso, culminado en los primeros decenios del siglo xx, durante el que cuaja una serie de coyunturas que tendrán incidencia en la valoración que se haga de los vestigios arqueológicos sacados a la luz del subsuelo de las ciudades. Entre ellas, cabe destacar la consolidación de la arqueología como disciplina científica y el desarrollo de campañas de excavación; la emergencia del concepto de patrimonio histórico, bajo la denominación de “antigüedades” o de “monumentos”, según la terminología de cada sitio, tanto en la literatura técnica como jurídica; la creación de órganos administrativos específicos encargados de su tutela; y, por último, la práctica de restauraciones monumentales, con el debate teórico y técnico que llevó aparejado. Todos estos hechos son manifestaciones de un deseo de tratar el pasado como algo valioso por la información que contiene sobre nosotros mismos y nuestro paso por el tiempo como entidad colectiva.

Este deseo comenzó anidando en la sensibilidad de unas élites, pero una vez prendido, ese fuego será imposible de apagar. Cuando se acometan obras de remodelación urbanística o para la introducción de infraestructuras, que comenzaron a ser frecuentes durante la segunda mitad del siglo xix, y se hallen vestigios arqueológicos o se vean afectados monumentos emergentes, este sentimiento asomará —casi siempre sin éxito, bien es verdad— planteando, por vez primera, una dicotomía entre preservarlos o destruirlos. Y, con ello, podríamos decir que el origen de lo que andando el tiempo se denominará arqueología urbana.

El movido panorama político de la Roma decimonónica nos ofrece un temprano ejemplo de las consecuencias urbanísticas de la voluntad de entroncar con el pasado clásico y también de la convivencia con un entorno monumental. Esta se tradujo en una continua política de excavaciones, producto de la cual la ciudad ha ido asimilando ruinas y fragmentos del tejido imperial desde el siglo xix hasta la actualidad, creando uno de los mayores conjuntos de estas características, a la vez que un problema urbanístico y de conservación de muy incierta resolución. No obstante,

fueron de gran interés los debates suscitados en ese momento y las soluciones —aunque parciales— adoptadas, ya que marcaron el inicio de la difícil convivencia entre arqueología y proyecto urbano (PINON 1985a). Sin duda de ningún género, el que más trascendencia tuvo en esos años fue el referido al encuentro entre la ciudad nueva —estrecha, insalubre y sin paseos— y la ciudad antigua marcada por la rotunda presencia de los monumentos heredados de un pasado glorioso. En el ánimo decimonónico pesaba, por vez primera, el deseo de acometer soluciones globales y superar así la política de embellecimientos del siglo xviii. Las reflexiones del momento encumbraron la teoría de las dos ciudades, que debían estar separadas aunque yuxtapuestas, como solución al encuentro difícil entre lo monumental, prácticamente semicubierto de tierra, y el urbanismo de la época, preocupado por las ideas higienicistas en boga. Desde esa perspectiva dual, la integración de los edificios de la Antigüedad clásica se practicó a base de clarear la tupida trama romana para la construcción de avenidas y paseos en los que pudiese apreciarse la belleza y dignidad del arte clásico: “para embellecer Roma era más preciso destruir que edificar”, es el lema del momento (PINON 1985b).

Este modelo, siguiendo gustos clasicistas y románticos, tendió al aislamiento como tratamiento urbanístico de los monumentos, generando grandes obras de derribo asociadas a excavaciones de rebajamiento hasta llegar al nivel originario de los monumentos, lo que motivó la aceleración de su deterioro, amén de la pérdida de los contextos urbanos donde se insertaron tales monumentos y el sometimiento de interesantes conjuntos de casas de época medieval y posterior, a la piqueta inmisericorde. Afortunadamente, aunque los proyectos fueron ambiciosos, la mayoría no llegaron a ejecutarse, y se limitaron a puntuales actuaciones (la plaza de Trajano, puede ser un ejemplo de ellas). Solo pocas tuvieron continuidad a lo largo de la centuria, como fue el caso del parque arqueológico de los Foros, que no adquirió tal estatuto hasta 1889.

La restauración monumental alcanzó, singularmente en Roma, importantes logros. La del Arco de Tito por Valadier, entre 1819 y 1821, siguiendo un proyecto de Stern, resalta por su modernidad y equilibrio. Tras realizar la excavación pertinente, restituyó volúmenes perdidos con piezas originales, sobre todo cornisas y capiteles, pero sin reproducir los motivos ornamentales. Como señala Alessandra Melucco Vaccaro (MELUCCO 1989, 127), “... di una sapienza che non è di stata più ritrovata nel restauro di una architettura classica”. De su éxito da cumplida muestra su pervivencia y la reivindicación de su carácter modélico hecha por la reciente Carta del Restauro de 1987.

El uso de la anastilosis y el aislamiento también se aplicaron en Francia, donde la imperante “restauración en estilo” violetiana no se aplicó a los monumentos heredados del pasado galo-romano, como la Maison Carrée de Nimes o el arco de Orange. El Romanticismo impregnó al mundo medieval de la divisa de “arte nacional”, acaparando los principales trabajos de restauración. De hecho, los monumentos

clásicos carecieron de estudios específicos. Aunque el estilo predominante fuese el neoclásico, los modelos se buscaron en Italia y Grecia y no en los ejemplos locales, considerados manifestaciones de un arte provincial de carácter menor (GROS 1985).

En España, el siglo XIX verá el paso de la erudición destartada, en la que convivían las Reales Academias, sociedades de todo tipo e individuos concretos, a su profesionalización en el seno de una cultura oficial capitaneada por la clase media, que pronto tomará el relevo de las desfallecidas instituciones legadas por la Ilustración (PASAMAR y PEIRÓ 1991, 73-77). Los nuevos órganos serán las Comisiones Provinciales de Monumentos creadas en 1844 para sustituir a las Juntas de Museos, como incipiente administración cultural, encargada de velar por los bienes de interés artístico desamortizados.

A través de las Comisiones Provinciales de Monumentos se vehiculará la atracción que sienten las clases burguesas por los hallazgos, descubrimientos y excavación de ruinas, perpetuando una arqueología anticuarista cuando la disciplina andaba ya encaminada hacia una práctica científica muy apartada de esos derroteros.

De su faceta estrictamente tuteladora del patrimonio histórico, destacaría un rasgo de las Comisiones Provinciales de Monumentos, que ya en esos momentos parece vaticinar el sino de la administración cultural: su oposición a los poderes locales. La pugna contra los municipios se sustentaba en el enfrentamiento a las pretensiones locales de cambios en la fisonomía de las ciudades, en orden a transformar el aspecto de burgo medieval. Faltas de respaldo político para imponer sus criterios, las comisiones se entregan a la cansina e infructuosa tarea de quejarse del poco caso que se les hace.

Con el novecientos también se abre una nueva etapa en la que se comenzarán, de forma paulatina, las primeras intervenciones urbanas en sus dos principales modalidades, dependiendo del motivo que las desencadenen: las destinadas a la investigación normalmente de un monumento, y su eventual valorización; y otra, debida a la inminencia de una destrucción ocasionada por la ejecución de unas obras, aunque en esos momentos no haya conciencia de esta división. En lo fundamental, esta etapa abarca aproximadamente los seis primeros decenios del siglo XX, pero el ritmo con que se ha materializado este proceso varía de ciudad a ciudad, dependiendo de aspectos coyunturales, pues la acción administrativa generalizada tardará mucho en llegar. Su rasgo principal es que estas intervenciones arqueológicas fueron siempre hechos aislados, carentes de sistematicidad. Su realización se debió sobre todo a la labor de personalidades concretas, que merced a sus relaciones personales o institucionales pudieron reunir los recursos necesarios para acometer esas obras. Este modo de actuar perdurará a lo largo de todo el siglo, incluso cuando se gesten los primeros servicios o unidades dedicados a las excavaciones de salvamento, aunque sean ya muy raras las intervenciones dedicadas a la mera investigación.

Por otro lado, como legado de la etapa anterior se fraguará entre finales del siglo XIX y los prime-

ros decenios del XX una legislación protectora del legado monumental y arqueológico, cuya principal característica era su corte voluntarista y la carencia de instrumentos jurídicos solventes para defender el interés general frente al derecho de propiedad, que estaba encumbrado como la espina dorsal del Estado burgués. En lo que se refiere a la arqueología, esta será objeto de atención legal en un doble sentido: la regulación de las antigüedades, ya sean muebles o inmuebles, y la práctica de excavaciones arqueológicas como instrumento para aflorarlas.

Dada la falta de virtualidad operativa de los preceptos legales con los que se contaba, la actividad arqueológica urbana no puede entrometerse de forma directa en las obras en curso, por lo que quedará reducida a la mediación en las que afectan al subsuelo arqueológico. Esta mediación permite inspeccionar, tomar datos o recoger aquellas piezas "dignas de ser salvadas": inscripciones, fragmentos escultóricos o de decoración monumental. Solo en casos excepcionales puede elevarse algún informe a la superioridad por si decide librar los medios necesarios para acometer una intervención.

Además de ello, al menos al principio, la intervención de la administración cultural suponía no solo la paralización de la obra en curso, sino también su abandono por parte de los promotores, pues una vez pasada la propiedad a manos del Estado (requisito para poder intervenir arqueológicamente), el final del expediente era la conservación *in situ* de lo hallado. Esto fue lo ocurrido, por ejemplo, en el llamado Foro Bajo de Tarragona, cuando fue excavado por Serra Vilaró (SERRA 1932) a finales de la década de los veinte, aunque su valorización fuese posterior. Aún no estaba desarrollada la práctica de las excavaciones previas a la destrucción o desmontaje de los vestigios arqueológicos y la posterior continuación de las obras. Por ello, cuando las obras no podían paralizarse, la única posibilidad era asomarse y ver qué estaba apareciendo.

La actividad de la Subcomisión de Monumentos de Mérida, con José Ramón Mérida y Alinari a la cabeza, durante el primer tercio del siglo XX da testimonio de estas limitaciones (CASADO 2006). Las circunstancias en las que se mueve para poder inspeccionar, o incluso intervenir, durante las obras quedan bien reflejadas en el rescate de un pavimento de mosaico, aparecido a las afueras de la ciudad. En esa ocasión, alabó los buenos oficios del ayuntamiento emeritense, que consiguió suspender las obras de cimentación, mientras por mediación de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando se consiguió del Ministerio de Instrucción Pública la autorización y fondos necesarios para el descubrimiento total del pavimento musivario y demás restos que pudieran existir, según detalla Casado Rigalt. Otro tanto cabe decir de la construcción de la plaza de toros, de cuya inspección dedujo la existencia de un templo dedicado al culto de Serapis y Mitra en la ciudad, habida cuenta de los fragmentos escultóricos hallados. Estos hallazgos guiarán posteriores intervenciones arqueológicas, aunque en este caso no den el fruto apetecido.

Con el paso del tiempo no cambiarán mucho las circunstancias, como reflejan los detallados informes presentados ante la Comisaría General de Excavaciones, por Samuel de los Santos Giner en Córdoba, desde 1948 a 1951. En ellos se queja de lo arduo de su labor, siempre a merced de las “excavaciones privadas”, entendiendo por tales las obras de cimentación de un nuevo edificio, donde se tolera, pero nunca con agrado, la presencia del director del Museo Arqueológico de Córdoba (DE LOS SANTOS 1955).

La escasa productividad de este tipo de actuaciones lleva, en este periodo, a que la principal forma de intervención arqueológica en la ciudad sea la excavación de un monumento o zona monumental, aún visible o que lo hubiese sido. Desde un punto de vista arqueológico, esta capacidad de estudio se vio sensiblemente mejorada por el aumento en el rigor metodológico con que se guían ahora las excavaciones, contagio de las dedicadas a la investigación prehistórica que, al contrario de la arqueología clásica, habían experimentado un notable perfeccionamiento durante el siglo XIX, desarrollando un aceptable método estratigráfico.

Por ello, las principales actuaciones arqueológicas de Mérida fueron las excavaciones de los grandes edificios de espectáculos pertenecientes a la colonia *Augusta Emerita*. Teatro, anfiteatro y circo, a lo que se une la casa de la basílica y los columbarios suponen el conjunto de arquitecturas romanas más completo de una ciudad aún viva, situando a la capital extremeña entre las ciudades europeas con mayor número de monumentos excavados y visitables. Cabe señalar que, en todos los casos, se procedió mediante excavaciones sufragadas por el Estado, previa adquisición de los solares pertinentes. Si bien, este sistema suponía no pocos retrasos y complicaciones, se pudo lograr gracias a que en Mérida el perímetro de suelo urbano, a comienzos del XX, era aproximadamente el ocupado por la ciudad intramuros de época romana, dejando los grandes edificios de espectáculo en suelo no edificado. No obstante, fue una operación de gran envergadura, que solo tenía rival en las excavaciones de Madīnat al-Zahrā' (CASADO 2006).

Tarragona presenta cierta nota distintiva, a raíz del interés suscitado por la datación de la muralla ciclópea. Este fue el desencadenante de intervenciones arqueológicas, a partir de la guerra civil, que afectaron, sobre todo, a la parte alta de la ciudad, aprovechando espacios libres, y que se extendieron hasta finales de los setenta con las intervenciones de T. Hauschild (HAUSCHILD 1985). Mientras tanto, las intervenciones de salvamento se reducían a meras inspecciones realizadas por el Museo Arqueológico Provincial y la Sociedad Arqueológica de Tarragona. Es la etapa que Ricardo Mar y Joaquín Ruiz de Arbulo (MAR y RUIZ 1999) denominan como “de las intervenciones personales”.

A partir de los sesenta se consolida una etapa que he denominado “de los rescates”, para significar la preocupación que conlleva los efectos del denominado bum inmobiliario de esas fechas sobre los cascos históricos y, en especial, en su subsuelo. El empuje creciente de las nuevas construcciones, con sistemas de cimentación más profundos, supone la destrucción

de importantes áreas de los sectores históricos de las ciudades que genera un estado de alerta tanto en las instituciones culturales como en la sociedad civil y en los profesionales de otros campos, como el urbanismo o la arquitectura.

Durante esta etapa pasan a tener mayor consideración, dentro de las actividades arqueológicas en la ciudad, las dedicadas a salvar lo que se pueda antes de su inminente destrucción. Pero, a diferencia de las décadas anteriores, ya no basta con recoger piezas singulares y sacar una planta, se lucha por realizar excavaciones arqueológicas aunque sea a la par que se practican las obras. Pero esta circunstancia, aun siendo una ventaja con respecto a los años anteriores, constreñía el alcance de las excavaciones, limitadas a sondeos preliminares, excavaciones simultáneas a los movimientos de tierra en zonas donde el subsuelo no había podido ser excavado previamente y, en último extremo, salvamentos durante la fase de construcción. Por otra parte, la diferencia de medios humanos entre las empresas constructoras y los equipos de arqueología, compuestos por voluntarios a tiempo parcial y una o dos personas con formación arqueológica, ponía igualmente en cuestión la significación real de estas intervenciones. Es la etapa que, para Lyon, J. Lasfargues (LASFARGUES 1982) denominó de forma gráfica como “de los bulldozer”, apelativo apto para otras muchas ciudades.

En el Reino Unido, la iniciativa para realizar excavaciones de salvamento vendrá de organizaciones de profesionales, al margen de la administración. Se formarán equipos de arqueólogos en los que trabajan a tiempo parcial diletantes, bajo la dirección de un escaso número de profesionales ligados, en el mejor de los casos, a una universidad o a un museo local. Esta etapa vendría señalada de manera exclusiva por las destrucciones, los sobresaltos y la frustración, si uno de estos equipos, el de Winchester, no hubiese destacado sobre el resto por la forma de concebir su trabajo en la ciudad. En efecto, su responsable, Martin Biddle (BIDDLE 1982), formuló un proyecto moderno de arqueología urbana llamado a tener bastante éxito entre los arqueólogos. La clave principal era la sustitución del interés suscitado por una etapa o un monumento del pasado, normalmente clásico, de la ciudad por toda ella en su conjunto y trayectoria histórica.

Las investigaciones urbanas tuvieron buena acogida, principalmente entre los arqueólogos medievalistas, de manera que en 1967 se crea, dentro de la Society for Medieval Archaeology, un comité dedicado a la arqueología urbana. Este pasó poco después a ser el Urban Research Committee del Council for British Archaeology, lo que multiplicó su capacidad de influencia.

Durante la década siguiente, se producirá la eclosión de la arqueología urbana moderna, conforme estos equipos, principalmente *amateurs*, se consoliden como unidades de arqueología urbana y desarrollen los primeros instrumentos para pasar del rescate a la prevención: la mejor estructuración de las unidades; un sistema de registro para excavaciones ágiles; y documentos que mostraban la pérdida de patrimonio

arqueológico en las ciudades o, como se llamó, “la erosión de la historia”.

La formación de grandes unidades respondía al reto de equiparar la investigación de las ciudades con otros proyectos arqueológicos, en los que la interdisciplinariedad era un requisito incuestionable, y la compleja y difícil tarea de atender a varios frentes (excavaciones, gestión de información, elaboración de documentación, procesamiento de datos...) al mismo tiempo, con la eficacia y celeridad precisada por el medio urbano.

El paso del amateurismo a la profesionalización planteó un problema de recursos. Resultaba evidente que las investigaciones urbanas estaban llamadas a ser proyectos de larga duración; esto es, se requería estabilidad en tales equipos para que pudiesen producir y revertir al resto de la sociedad sus investigaciones. Para ello, las principales unidades durante esta etapa recurrieron a recursos públicos y privados para subsistir.

Novedosos también fueron sus planteamientos sobre la técnica de excavación. Se cuestionó lo referido al sistema de cuadrículas de Wheeler y Kenyon, reivindicándose la ampliación de la superficie de intervención, sustituyendo las cuadrículas, así como los tipos de sondeos profundos y trincheras, habituales en la tradición arqueológica inglesa, por superficies grandes de excavación, como mejor medio para poder identificar cierto tipo de evidencias arqueológicas. Aunque esos sistemas no eran nuevos y tenían larga tradición en el mundo escandinavo, la sistematización wheeleriana había dominado en la segunda mitad de la centuria, obscureciendo cualquier otra alternativa.

Conscientes de que la pérdida del patrimonio arqueológico urbano estaba producida por la actividad constructiva, se utilizó la zonificación como sistema para delimitar aquellos espacios en los que potencialmente existía riesgo de destrucción del patrimonio arqueológico. Para ello se estudió primero la eliminación producida a lo largo del tiempo en este capital histórico del subsuelo, a lo que se añadió la definición de un proyecto de investigación coherente. La identificación de áreas de interés se realizó mediante la combinación de planimetría antigua y hallazgos acaecidos hasta entonces. El propósito de este documento era mostrar el daño a la riqueza arqueológica que se venía realizando en la ciudad: el éxito de su propuesta le valió la pronta expansión del modelo, conforme las excavaciones comenzasen a ser un hecho frecuente en muchas ciudades inglesas.

Poco tiempo después, las denuncias por pérdidas de información arqueológica irreparables, que hasta ahora habían tenido un carácter aislado, se institucionalizaron: el Council for British Archaeology publicó un conjunto de trabajos con el título *The Erosion of History* (HEIGHWAY 1972), en los que se evidenciaba la destrucción implacable de depósitos arqueológicos que se estaba produciendo en las ciudades británicas, ante la virtual pasividad de los responsables administrativos y académicos. Así pues, las unidades de arqueología urbana inglesas presentaron, a modo de tarjeta de visita, documentos sobre la evaluación de los depósitos arqueológicos de las ciudades donde trabajaban. M. O. H. Carver (CARVER 1987) ha resumido

gráficamente las directrices de la arqueología urbana inglesa en los setenta: “*think big, think history and think rescue*”. Aunque lejos de ser óptimas, las condiciones políticas y sociales fueron mejorando para la práctica arqueológica, distanciándose de la situación vivida años atrás. La sociedad británica se permeabilizó a lo largo de esa década del interés suscitado por los hallazgos acaecidos en las excavaciones, respaldando su realización como único medio para poder conocer mejor su pasado.

Esta labor se vio animada por la mayor atención prestada por los gobiernos a las ciudades, y la presión social para contener la destrucción de su patrimonio histórico, favorecerán la realización de excavaciones urbanas, que no solo se financiarán, sino que además vendrán arropadas de medidas legales y administrativas a través del planeamiento urbanístico, para consolidar su práctica.

En Tours, a partir de 1973, se gestará una experiencia de arqueología urbana que procura seguir los ejemplos ingleses más avanzados en su definición. A modo de unidad de arqueología se creó en esa fecha el Laboratorio de Arqueología Urbana de Tours, como organismo investigador sobre el desarrollo de la ciudad en sus más amplias facetas, desde lo antiguo hasta lo moderno, caso único en la Europa continental de la época (GALINIÉ 1982b). En sus inicios, la financiación pública (local y regional) no permitía otra cosa que el funcionamiento mediante voluntarios y *amateurs*, pero con posterioridad se conseguirá mantener un arqueólogo con dedicación exclusiva al proyecto. Tours contó con la primera evaluación sobre su potencial arqueológico, realizada con una metodología muy similar a los trabajos ingleses. Esta documentación, integrada en el plan de salvaguarda de la ciudad, permitió la designación de áreas de interés arqueológico en riesgo de ser edificadas, así como adoptar un sistema de prevención adecuado a los cambios en la promoción inmobiliaria.

Desde la década de los ochenta, la arqueología urbana europea vive un periodo caracterizado por las consecuencias de su consolidación, primero, e imparable éxito posterior. Su gestión ha estado basada en generar y abastecer la oferta de excavaciones previas al inicio de la construcción de nuevas edificaciones. Esto se ha producido, en esencia, sobre los cimientos conceptuales y metodológicos pergeñados en las dos décadas anteriores, cuya aplicación se ha generalizado a lo largo de estos años.

El aumento del número de intervenciones pronto puso de manifiesto la insuficiencia de los recursos humanos públicos, así como la debilidad del tejido profesional existente entonces. El primer aspecto se ha venido resolviendo mediante la dotación de puestos de trabajo para arqueólogos en todos los niveles de la administración pública, pero con singular relevancia en la regional y local. Sin olvidar la creación de órganos específicos para la arqueología urbana y las excavaciones preventivas, de carácter estatal, como ha ocurrido en Francia. En términos generales, podría decirse que se ha producido un efecto desconcentrador de las competencias sobre arqueología urbana hacia las administraciones periféricas (regional y local), incluso en países muy centralizados. Esto ha permitido un

conocimiento exhaustivo, por parte de los responsables técnicos, de las peculiaridades de cada ciudad, a la vez que ha favorecido la coordinación con el urbanismo, competencia tradicionalmente atribuida a las administraciones locales. Este paulatino aumento del personal al servicio de las administraciones permitió una mejor gestión del patrimonio arqueológico urbano, pero no solventaba el problema de la escasez de recursos públicos para financiar las excavaciones derivadas de una mayor actividad de control de los procesos constructivos.

Para superar ese nuevo obstáculo, la arqueología urbana recurrió a imputar el coste de las excavaciones preventivas a los promotores de las obras de las que traían causa, a la vez que iniciaba el recorrido del camino de la profesionalización como estándar de trabajo, convirtiéndose en una salida laboral inimaginable pocos años antes. Ambas medidas parecían los pasos lógicos y necesarios para salir del amateurismo diletante y la falta endémica de recursos, en que la arqueología había estado sumida hasta entonces. Además, esas vías permitieron la rápida especialización de los nuevos profesionales en este ámbito específico, con todos los dominios técnicos y laborales anejos: desde su propio estatuto profesional hasta materias de otros profesionales, como la arquitectura o la ingeniería, pasando por las puntillosas normas de seguridad laboral... Conocimientos para los que no habían sido preparados en su enseñanza universitaria.

La implicación exitosa, de mayor o menor agrado, de los promotores públicos y privados en la financiación de las excavaciones fue la gasolina que hizo funcionar el motor de la arqueología urbana a pleno rendimiento. Pronto, en las principales ciudades, se pasó de unas pocas excavaciones urbanas a varias decenas en un mismo año. Ritmo que ha seguido incrementándose desde entonces. La causa de este incremento no ha sido solo el crecimiento de la actividad constructiva, sino la obligatoriedad de realizar excavaciones previas.

Los documentos de evaluación del patrimonio arqueológico urbano han evolucionado desde los primeros ejemplos ingleses de la primera mitad de los setenta, que ahora se antojan muy sucintos. No solo se trata de los cambios operados en su apariencia y presentación, merced a la incorporación de las técnicas informáticas, sobre todo los SIG; se ha enriquecido también su concepción. Han dejado de ser fotos fijas del estado en que se encuentran los depósitos arqueológicos de una ciudad en el momento de su elaboración, para convertirse en bases de datos periódicamente actualizadas. Mantienen las dos partes sustanciales de que se componían ya sus primeras muestras: una reflexión sobre el conocimiento de la ciudad y una muestra destinada a sensibilizar sobre la pérdida del patrimonio arqueológico urbano; pero ahora se hacen eco del enriquecimiento del concepto de patrimonio arqueológico urbano operado en los últimos tiempos, que incluye al soterrado y al emergente, entendiéndose por este el conjunto del patrimonio edificado de carácter tradicional, más los ejemplos de arquitecturas singulares.

En la mayoría de los países se han acometido programas tendentes a dotar a cada ciudad de uno de estos documentos. Es el caso de los *Documents d'évaluation du patrimoine archéologique des villes de France*, impulsados por el Centre National d'Archéologie Urbaine desde 1985. Este programa ha inspirado a la administración cultural belga, para el suyo particular, el *Atlas du sous-sol archéologiques des centres urbains anciens*, aunque de contenidos más escuetos. También son de reseñar, entre otros, los programas de arqueología urbana de la Generalitat de Cataluña y de la Junta de Andalucía, en el Estado español. En el caso andaluz, además, incorporan una clasificación del grado de interés y una propuesta de normativa, para su mejor asimilación por el planeamiento urbanístico. Por último, la tendencia más moderna es extender este tipo de trabajos a territorios que desbordan los límites de las ciudades.

En todo caso, no podría comprenderse bien el éxito de la arqueología urbana sin prestar atención a su favorable acogida por el planeamiento urbanístico, de la mano del denominado urbanismo conservacionista. Cuando las administraciones culturales o los profesionales de la arqueología carecían de instrumentos de conocimiento y evaluación del estado de los depósitos, el propio planeamiento creó sus propias categorías de protección, advirtiendo del "riesgo de patrimonio arqueológico" a quienes quisieran emprender proyectos de construcción en esas zonas.

Aceptadas las excavaciones urbanas en el desarrollo normal de la ciudad, integrar los elementos más significativos aparecidos en ellas se ha convertido en un capítulo novedoso, hacia el que se dirigen todos los esfuerzos de los profesionales y de las administraciones. Parece que la *posmodernización* de las ciudades requiere convertir sus centros históricos en un *patchwork* de estilos en el que convivan épocas y paisajes distintos. En esta ciudad-*collage* han encontrado especial acomodo los nuevos "lugares de la memoria", donde piedras y muros antiguos, medievales y modernos, convenientemente revestidos de tecnología multimedios, se convierten en reclamos turísticos y muestra viva de que, por fin, pasado (sobre todo el susceptible de ser valorizado para la visita turística) y presente ya no entran en conflicto.

Pero, a pesar de esta euforia, el proceso seguido por la arqueología urbana durante estos años también arroja sombras de incierta resolución. En mi opinión, de entre ellas sobresalen las secuelas de haber sido virtualmente entregada a los promotores privados.

Como he explicado antes, la falta de financiación suficiente para dar abasto al creciente número de intervenciones arqueológicas motivó esta participación privada, que tenía precedentes en forma de colaboraciones ocasionales. El recorte del gasto público que trajo el neoconservadurismo político dominante desde los ochenta, acentuó la necesidad de recurrir a la financiación privada.

En Londres, donde esta práctica tuvo uno de sus iniciales desarrollos que ha servido de modelo al resto de Europa, la inversión privada se solicitaba con carácter voluntario, a modo de contribución generosa que hacían las grandes empresas y corporaciones antes de construir en la *City*. El monto de dinero que



movía el mercado inmobiliario podía absorber, sin dificultades, el coste de la intervención arqueológica, a la vez que tal magnificencia repercutía de forma favorable sobre su imagen corporativa. La firma de un acuerdo marco (Code of Practice) en 1986 entre los arqueólogos y la principal asociación de promotores facilitaba la negociación entre ambos.

Con posterioridad, en 1990, el Department of Environment, del que dependía la política sobre patrimonio histórico, publicó la famosa PPG 16th (Planning Policy Guidance note 16th: *Archaeology and Planning*), unas recomendaciones y sugerencias sobre arqueología preventiva en las que, entre otras cosas, validaba el endosamiento de las excavaciones a los promotores que se venía haciendo en la práctica. Como razonamiento implícito sustentador de esa especie de tasa, se hacía un paralelismo con el principio medioambientalista, acuñado en la década de los setenta, de que “quien contamina, paga”.

El éxito de esta privatización encubierta de la arqueología hizo que pronto todos los países donde se estaban llevando a cabo excavaciones urbanas adoptasen la misma estrategia. En España, esto dio al traste con los principales equipos municipales de arqueología, únicos ejemplos de lo que podía aproximarse a las grandes unidades inglesas. Y, aunque la Ley del Patrimonio Histórico Español de 1985 mantenía la idea de la arqueología como una actividad pública, en la práctica todas las intervenciones preventivas realizadas a partir de los ochenta eran pagadas total o parcialmente por los promotores de las obras. Ya en los noventa, la legislación autonómica sobre patrimonio histórico o cultural recogió esta obligación de forma expresa en sus textos articulados.

En Francia, desde 1973 las excavaciones preventivas se habían centralizado en un organismo semipúblico, la *Association pour les fouilles archéologiques nationales* (Afan). El Estado, a través de la Afan, llegaba a un acuerdo económico con los promotores que financiaban los costes de la intervención arqueológica preceptiva.

Este sistema fue modificado tras ser cuestionado el monopolio de la Afan por órganos dependientes del propio Ministerio de Economía y Finanzas, que sostenía que la actividad arqueológica debía estar sujeta a las leyes de la oferta y la demanda.

Tras una primera reforma mediante la Ley 2001-44, de 17 de enero, se sustituyó la Afan por el *Institut national de recherches archéologiques préventives* (Inrap). Pero el sistema ideado para el cálculo de la tasa que debían satisfacer los promotores fue cuestionado por estos y, por otra parte, tampoco satisfacía las expectativas del Inrap. El 1 de agosto de 2003, se aprueba una nueva ley (la 2003-707) que reforma la anterior y conjuga el monopolio estatal sobre las excavaciones con la apertura a las leyes del mercado. La administración, a través de los servicios regionales de arqueología, se reserva la prescripción de las excavaciones, así como realizar los diagnósticos para poder establecer los objetivos científicos de la intervención y la potestad de inspección de la excavación ulterior, pero esta queda abierta a la contratación por parte de los promotores del equipo que mejor les convenga.

En efecto, el mínimo común denominador de los procesos descritos en estos países, extensibles al resto de nuestro entorno, ha sido la privatización de la tutela del patrimonio arqueológico urbano. Al dar la llave de la elección a los promotores para designar cuál es aceptada, de entre las distintas ofertas que les proponen los equipos de arqueólogos profesionales, se genera una competencia entre ellos, que inevitablemente tiende a bajar los precios y, como consecuencia, los estándares de calidad y cualificación profesional y de la propia excavación, comprometiendo seriamente la validez científica de los resultados en muchas ocasiones. De manera que quienes más barato presupuesten, serán los que asegurarán una mayor cartera de contratos, aunque excaven peor. Las administraciones responsables de la tutela del patrimonio arqueológico, con independencia de las atribuciones que les otorguen las leyes, se han visto relegadas a un papel de meras tramitadoras de los expedientes administrativos de autorización y, eventualmente, de conservación de lo hallado, pero sin capacidad —ni voluntad— para incidir en el proceso.

Se desvirtúa de esta manera el principio de que “quien contamina, paga”, pues su formulación real sería “quien contamina, paga lo que cree oportuno”. Se somete su responsabilidad de resarcir el daño causado al patrimonio arqueológico a su mayor o menor interés en que se realice una excavación en toda regla y con todas las garantías científicas.

La principal consecuencia, para lo que nos interesa ahora, es que la ciudad ha perdido su concepto de yacimiento único, de cuya investigación se ocupaba —como en el resto de los yacimientos— uno o varios equipos de manera coordinada. Ahora, cada solar se ha convertido en un yacimiento en sí mismo que será analizado con parámetros metodológicos que pueden, o no, ser coincidentes con los de otro vecino, diluyendo en bastante medida lo que había venido siendo entendido como arqueología urbana.

## **Arqueología urbana: una tautología cada vez menos evidente**

La expresión “arqueología urbana” parece autodefinida. La yuxtaposición de ambos términos, donde el segundo especifica al primero, conduce a la conclusión de que por tal debe entenderse el estudio arqueológico de las ciudades. Sin embargo, la realidad, como hemos visto, es que esta inferencia no resulta tan sencilla y que abre un amplio campo de interrogantes. Para proseguir con esta reflexión sobre la investigación arqueológica en las ciudades, interesan dos: ¿se aplica a todo estudio arqueológico de una ciudad? Y ¿qué se entiende por estudio arqueológico?

A la primera cuestión debe responderse señalando que no toda investigación arqueológica de una ciudad se considera arqueología urbana. Por ejemplo, resulta poco adecuada para describir la investigación de ciudades antiguas cuya vida no ha tenido continuidad hasta el presente, y el lugar que ocupó ahora está deshabitado. Aunque, desde el punto de vista histórico, no haya diferencias entre la investigación de una ciudad abandonada y la de una aún viva, la

emergencia de la moderna arqueología urbana, como especialidad de la propia disciplina arqueológica, ha hecho especial énfasis en los requerimientos prácticos que conlleva la excavación en un medio tan dinámico como el urbano, sometido a una transformación continua, exacerbada en la actualidad por el amplio margen de beneficios económicos que conlleva el negocio inmobiliario. En realidad, esta circunscripción del término a los casos de ciudades vivas nunca ha sido polémica, aunque no falten citas en las que se identifique la arqueología urbana con la investigación genérica sobre ciudades, hayan continuado o no hasta la actualidad.

Las definiciones aparecidas a comienzos de los ochenta, nacidas de la experiencia de la década anterior, introducían dos circunstancias para que se pudiese hablar de arqueología urbana: que la indagación arqueológica debía realizarse desde ciudades actuales y sobre su origen. Si una de ellas fallaba, ya no se trataba de arqueología urbana. En un caso, sería arqueología a secas; en el otro, arqueología en medio urbano. Queda advertir que esta especificidad de la moderna arqueología urbana era defendida por quienes en ese momento eran sus adalides: las unidades existentes en el Reino Unido y unos pocos arqueólogos franceses que operaban desde el interior de instituciones y administraciones públicas. Para el resto de los países, entre ellos España, tal concepción era muy minoritaria, por no decir inexistente.

Acotado, pues, el campo de los supuestos en que debía hablarse con propiedad de arqueología urbana, este escollo fue resuelto en ese momento con relativa facilidad y aceptable unanimidad de criterio.

Pero no todo se ha resuelto así. Por ejemplo, no está nada claro lo que ocurre con las formas de aglomeración urbana surgidas en la segunda mitad del siglo xx: áreas metropolitanas polinucleares; zonas residenciales separadas físicamente de la ciudad de la que dependen y que afectan a enclaves arqueológicos relacionados con la ciudad (*villae suburbanae*, por ejemplo)... ¿también se estaría hablando de arqueología urbana en el sentido descrito antes? No hay una respuesta fácil. *Prima facie* habría que decir que no es arqueología urbana *tout court*, sino arqueología en medio urbano, pues no hay una línea de continuidad entre la nueva ocupación del suelo y la antigua. Sin embargo, es evidente que el estudio de una ciudad no puede circunscribirse de forma exclusiva al espacio cercado por sus murallas, sino que el de su *hinterland* resulta imprescindible para comprender cabalmente los procesos detectados en la propia ciudad. Es más, debe recordarse que en las sociedades occidentales preindustriales la diferencia existente entre ciudad (entendida como sinónimo de hecho urbano en la acepción habitual predominante tras la revolución industrial) y el entorno que la rodea, en muchas ocasiones bastante amplio, era muy difuso. Eso ocurre con términos como *polis* o *madīna*, traducidos de forma habitual como ciudades, cuando en realidad tienen un campo semántico bastante amplio, donde se integra el territorio que las rodea (KOLB 1992; MAZZOLI-GUINARD 2000). Aplicar a los asentamientos urbanos preindustriales la palabra ciudad reduciéndola exclusivamente al espacio construido

es una forma de presentismo que la investigación arqueológica debía evitar.

Pero, en el uso actual, difícilmente se etiquetaría como una manifestación de las prácticas arqueológicas urbanas, la realización de una carta arqueológica en la que se recogiesen los yacimientos existentes en el área de influencia histórica —con independencia de su cambiante amplitud— de un núcleo urbano. Y, sin embargo, para mí lo es. Por supuesto, no toda carta arqueológica, sino aquella dirigida a definir qué espacios e inmuebles, con sus correspondientes ocupaciones (residencias suburbanas, necrópolis, áreas artesanales o portuarias, casas de labor aisladas, pequeñas agrupaciones dependientes de la ciudad, campos de cultivo, pastos, bosques, canteras, infraestructuras, etcétera) han pertenecido en sus diferentes fases a la ciudad objeto de análisis.

Por contra, sí se etiqueta de arqueología urbana la excavación de, pongamos por caso, un yacimiento calcolítico existente en el área de expansión de una ciudad y, en mi opinión, eso no es arqueología urbana. Yo aún distingo entre arqueología urbana y arqueología en medio urbano (pero no en el sentido otorgado a esta expresión por H. Galinié en el Congreso de Tours de 1980, del que hablaremos más abajo) o arqueología producida por la afección de la expansión urbana: ambas están sujetas a los mismos procesos de gestión, cambia el proyecto de investigación. Pero lo cierto es que esa distinción es cada vez más minoritaria. En la actualidad todo se ha englobado bajo el término (impropio, por cierto) de “arqueología de gestión”; hoy todo el acento se pone en los medios e instrumentos para “gestionar”, uno de los términos predilectos de la posmodernidad, careciendo de importancia dónde se realice la intervención. Creo que nos olvidamos de cuál debe ser el fin último de esas diligencias conducentes a posibilitar la tutela del patrimonio arqueológico. Para mí, es un requisito fundamental la existencia y definición explícita de uno o varios programas de investigación, dirigidos al conocimiento de la ciudad, para hablar de arqueología urbana.

Esta investigación se ha sustentado sobre dos pilares: por un lado, el propio desarrollo de las técnicas de excavación y, por otro, el concepto de ciudad como entidad arqueológica. Por eso, para responder a la segunda interrogante planteada debemos complementar el relato de cómo se ha desarrollado la arqueología urbana y su gestión, con una profundización sobre cuáles han sido los modelos de investigación desarrollados a lo largo de esas etapas, porque tras ellos se esconde la propia definición implícita o explícita de arqueología urbana.

## Una arqueología para cada proyecto de ciudad

El pasado, en su sentido de sucesos acaecidos a lo largo del tiempo, es un complejo entramado de acciones, relaciones antrópicas y factores naturales cuya urdimbre resulta inabarcable, en toda su dimensión, al conocimiento humano. Para poderlo utilizar, más allá de las prestaciones que da la memoria individual, ha sido preciso ordenarlo y estructurarlo, acudiendo

a él a través de determinadas vías, singularmente la memoria o la historia. Así pues, pasado e historia no son sinónimos, aunque de forma habitual se utilicen como tales. La sinécdoque es el tropo que mejor identifica la relación entre pasado e historia: se denomina al todo (pasado) por la parte que conocemos de él mediante la aplicación de determinado protocolo (historia). Resulta pertinente recordar que tampoco son sinónimos memoria, tradición e historia u otros términos similares. Aunque todas sean caminos de acceso a un pasado abigarrado de sucesos, datos y relaciones, la historia nace, como ciencia, a partir del siglo XVIII, al legitimar el uso de la razón sobre el de la memoria, como venía siendo habitual desde época griega, para seleccionar los hechos (MUDROVIC 2005, 19-30).

Pero la elaboración histórica, aunque esté privilegiada sobre los otros accesos al conocimiento del pasado, y sea el único que goce de un campo epistemológico propio, no está al margen de las contaminaciones producidas por la forma de entender los datos sobre los que trabaja. Como es lógico, eso se aplica tanto a los testimonios escritos, como a los producidos por el registro arqueológico. La investigación histórica de la ciudad nos ofrece un buen ejemplo de ello.

Contagiada por los avances de la prehistoria, durante el siglo XIX la arqueología clásica fue madurando, aunque no lo suficiente como para despegarse del espíritu anticuario. De hecho, los *amateurs* obtienen permiso papal para excavar en Roma con la única condición de que den parte de los hallazgos.

En esa ciudad, paradigma de la investigación urbana, la primera mitad de siglo vivió un enfrentamiento entre arqueólogos y arquitectos. Frente a aquellos, más interesados en el coleccionismo, estos fueron los conductores de un nuevo modo de hacer excavaciones: sustituyen la búsqueda de objetos de los anticuarios por la excavación completa del monumento y su restitución paleotopográfica, con miras a su restauración. Este fue el modo en que Carlo Fea inició, por encargo de Pío VII, las excavaciones en el foro que, a comienzos del ochocientos, era un erial donde pastaba ganado. Falto de presupuesto, el papa no puede seguir la obra más allá de sus comienzos, desenterrando los arcos de Constantino y Septimio Severo.

Mediada la centuria, y sobre todo en su segunda mitad, la metodología arqueológica se hace más solvente. Nibby, por ejemplo, desarrolló diversas campañas en el foro y ofreció una interpretación del área forense más acabada y rigurosa que la de Fea. Sin embargo, quedaba pendiente el análisis histórico de lo hallado, etapa a la que no se llegará hasta finales del siglo (MOATTI 1989).

Aunque la arqueología, que reclamaba un sitio específico entre las ciencias dedicadas al estudio de la Antigüedad, depurase su metodología enfrentándose directamente a los monumentos en ruinas, durante este periodo la arqueología urbana apenas si contribuyó al desarrollo de la disciplina, especialmente en lo referente a su fiabilidad. Ante el escepticismo de la escuela hipercrítica alemana sobre los orígenes de Roma, la búsqueda de los niveles fundacionales se volvió obsesiva. Giacomo Boni dirigió las primeras

excavaciones estratigráficas en Italia, en las que se hallaron necrópolis y fondos de cabaña datables hacia comienzos del primer milenio a. C., pero estas excavaciones chocaron con la inadecuación metodológica, cuando no con la insuficiencia formativa necesaria para acometer tales trabajos; motivos por los cuales Boni renunció a seguir la excavación de estratos tan delicados cuando los descubrió en el Palatino (RICCI 1987, 157).

Este giro no salió de la nada, el espíritu investigador estaba cambiando merced a la aceptación de los modelos positivistas en las ciencias sociales. Como señala Moatti (1989), refiriéndose a Roma, las guías del siglo XIX ya no eran meras descripciones de la ciudad, como hasta entonces: los análisis topográficos y el balance de los nuevos descubrimientos procuraban dar idea de la organización urbanística de la ciudad en su conjunto.

Podría decirse en términos generales que durante el siglo XIX toman cuerpo dos acercamientos a la ciudad antigua, llamados a desarrollarse durante la centuria siguiente. El ideal, a partir de la obra de Numa Denis Fustel de Coulanges (FUSTEL 1986), que la analiza como comunidad de personas que vive en ella, con sus lazos sociales, jurídicos y religiosos que las unen. Esta aproximación parte del estudio de las fuentes y de las instituciones jurídicas, dando solo un valor de confirmación a los vestigios arqueológicos conocidos.

De otro, la vida de la ciudad va sacando a la luz vestigios materiales, que testimonian una forma concreta de plasmación urbanística, amén de un problema de convivencia entre pasado y presente. La Roma posunitaria vive un renovado fervor constructivo que busca hacer de ella la capital de un moderno Estado, cuya población se multiplica a un ritmo vertiginoso. La conciencia de pérdida irreparable, propicia tareas de registro documental de cuanto aparece. Junto a repertorios sucintos de excavaciones, destaca sobre todo *Forma Urbis Romae*, trazada por Rodolfo Amadeo Lanciani entre 1893 y 1901 (LANCIANI 1990), por su valor de resumen gráfico y utilidad operativa de cara a la planificación. En ella se dibujan las plantas de los edificios republicanos e imperiales de los que se tiene constancia, o bien su inferencia es segura, bajo la planta de la ciudad de esos momentos. Su intención es más conservacionista que interpretadora, y quizás a ello debe que su larga pervivencia como documento indispensable para la planificación urbanística, hasta la década de los cincuenta, cuando se inician nuevos proyectos y actualizaciones. A pesar de ciertas limitaciones, que como señala Paolo Sommella (SOMMELLA 2001, 24 s.), eran debidas a la imposibilidad de registrar dentro de las fincas urbanas privadas delimitadas tras las reformas, pudiéndose solo documentar los hallazgos acaecidos bajo el nuevo viario público, esta obra se convirtió no solo en un instrumento útil para la prevención, sino en el paradigma del conocimiento topográfico urbano para ciudades superpuestas, aunque ninguna en esos momentos pudiese seguir su ejemplo, habida cuenta de la escasez de información con la que contaban.

El caso de Roma no era singular solo a finales del siglo XIX, la riqueza de la información recogida sobre

ella la han hecho excepcional también durante buena parte del siglo xx. En efecto, en la inmensa mayoría de las ciudades europeas, la arqueología urbana de los primeros decenios de la pasada centuria se centraba, en el mejor de los casos, en la excavación de monumentos singulares, con poca información para la interpretación conjunta de la ciudad. Lo ya visto para Mérida, a comienzos de siglo, no es distinto de lo ocurrido en Lyon y las excavaciones de la Fourvière, casi treinta años después (AUDIN 1956).

Esta escasez y dispersión de datos sobre el pasado arqueológico de las ciudades provoca que la investigación urbana se centre en la identificación de algún complejo excavado, o que aun subsista en pie, y su cotejo con ejemplos mejor conocidos o con los modelos transmitidos por las fuentes, singularmente la obra de Vitrubio. De ahí que Mérida considerase la excavación de los edificios de espectáculos de Mérida menos complicada que las llevadas a cabo con anterioridad en Numancia, ya que en aquellas los modelos eran más conocidos (CASADO 2006, 274). Sobre la planta de la ciudad solo cabe hacer consideraciones generales acerca de los ritos de fundación y alguna inducción directa acerca de la disposición del entramado de calles a partir del actual, siempre que hayan seguido un patrón hipodámico.

Los manuales de la época (por ejemplo MÉLIDA 1929 o COLLINGWOOD y RICHMOND 1969) resuelven esta falta de estudios comprensivos de las ciudades antiguas, dividiendo su análisis por tipologías de edificaciones existentes en ellas: murallas, puertas, templos, foros, termas, anfiteatros, teatros, circos, casas privadas, etcétera, dando una visión de las mismas por partes.

Durante el siglo xx los estudios de urbanismo experimentarán un avance considerable, pero ese desarrollo poco deberá a la arqueología urbana. Por una parte, se suscitará un importante debate en el ámbito de los prehistoriadores acerca de los orígenes del propio fenómeno urbano. Los primeros intentos fueron de carácter normativo (CHILDE, 1950), buscando un conjunto de características formales que identificasen las sociedades urbanas de las que no lo son, o aún no han llegado a ese estadio. Más adelante, la nueva arqueología desplazará los criterios, para buscar el nacimiento de las ciudades, a cuestiones de rango/tamaño dentro de patrones de asentamiento (ALEXANDER 1972; SMITH 1972 o RENFREW 1975), que nunca han gozado de aceptación por parte de los arqueólogos clásicos, debido a la excesiva generalización que conllevan las leyes del comportamiento humano esbozadas por los nuevos arqueólogos (AMPOLO 1980, XXIX, para el caso del modelo de Estado Arcaico propuesto por Collin Renfrew). En cualquier caso, la fijación del momento cronológico a partir del cual se puede considerar la existencia de ciudades, tendrá enorme repercusión en los estudios clásicos, sobre todo los dedicados al fenómeno de la romanización en el occidente del Imperio. Se discutirá sobre si, a la llegada de las legiones romanas, solo había unas pequeñas ciudades costeras de origen púnico o griego, o bien los grandes asentamientos galos o ibéricos podrían ser considerados como ciudades. Dirimir esta cuestión resultará de vital importancia para la cabal comprensión del efecto que supuso entrar bajo

la órbita de Roma y la posterior estructuración del Imperio.

De otro lado, las grandes campañas de excavación llevadas a cabo en el próximo Oriente y norte de África, pusieron de manifiesto ciudades casi completas, que impulsaron los estudios urbanísticos dedicados, sobre todo, a la influencia de las plantas hipodámicas que revolucionaron el conocimiento de la ciudad antigua (CASTAGNOLI 1956; SOMMELLA 1976). Por último, también se llevan a cabo las primeras sistematizaciones del urbanismo histórico en ciudades de países árabes. Se acuñó el término de urbanismo islámico para definirlos al entender que el Islam conformaba un tipo característico de ciudad (SAUVAGET 1941).

Sobre tales debates se construyó una manera de estudiar y explicar el urbanismo de las sociedades premodernas basada en tipos ideales de corte weberiano, en los que la forma urbana, y la localización de aquellos edificios característicos que la conformaron, se convierte en la finalidad del análisis. Casi toda la prolija producción posterior está centrada en la definición de los esquemas básicos de la organización topográfica del parcelario, con las consecuencias derivadas de su fundación; y la localización de los principales edificios que conforman la panoplia de dotaciones públicas que entraña el concepto de ciudad clásica o islámica. En aquellas que tienen continuidad de vida, se ha puesto especial empeño en la inducción de las partes ocultas o perdidas de su esqueleto urbano, a partir de los restos conservados o conocidos.

Así, pues, la idea de ciudad como marco físico donde se desenvuelve la vida urbana se ha congelado en el conocimiento de su planta y en la personalización de sus monumentos. Sobre esta concepción, e independientemente de ella, pues son mínimos los puntos de anclaje entre ambas, se desarrolla su estudio social basándose en otras fuentes, normalmente textuales o epigráficas. Parece que la arqueología como ciencia histórica quedase reducida a esa parte del registro fósil compuesto por elementos inmuebles (muros, pavimentos, decoración arquitectónica... en definitiva: la forma urbana, las casas y los edificios públicos) que permitan, con los instrumentos de gestión adecuados, ir completando las piezas de las sucesivas formas urbanas de las ciudades precedentes, entendidas como rompecabezas que, poco a poco, nos permitan conocer su apariencia.

La obra de A. E. J. Morris (MORRIS 1984) ofrece un magnífico ejemplo de esta forma de concebir el urbanismo. Cada época da lugar a un modelo de ciudad distinto, cuyo ideal se plasma, con diversas matizaciones, en los casos que analiza. Lógicamente este ideal se materializa mejor en las nuevas fundaciones, cuyo origen y forma está previamente planificado, que en las ciudades con continuidad de vida, cuyo crecimiento se realiza mediante expansiones, ya sean orgánicas o planificadas, y puntuales reformas interiores.

Morris infiere, a través de las diversas formas urbanas, el grado de civilización de la sociedad que las han creado, entendido como algo global aplicable con los mismos parámetros al extremo Oriente y al mundo circunmediterráneo. Los paisajes urbanos reflejan el modo de vida de los habitantes de forma

directa. Este se aprecia en las comodidades y logros alcanzados, tanto más admirables cuanto más antiguos sean. Se establece una equiparación ascendente entre desarrollo tecnológico y su reflejo en la racionalidad de las plantas urbanas, en una cadena que va desde los primeros balbuceos preurbanos hasta la modernidad.

Esta visión característica de arquitectos e historiadores se nutre del modelo de investigación arqueológica imperante en ese momento. Mansuelli (MASUELLI 1978) publicó, a finales de los setenta, un interesantísimo trabajo a este respecto. Se trata de un recopilatorio sobre su proyecto de investigación de la romanización en la Cisalpina. Ahora interesa sobre todo por las fuentes de datos usadas. Partiendo de la relación entre ciudad y territorio, con especial atención a las zonas rururbanas de suburbios, fija su atención prioritaria en las ciudades. Tras un amplísimo listado de fuentes de información, desde los textos históricos hasta la revisión crítica de los hallazgos casuales y excavaciones, propone que la indagación arqueológica debe ir más allá de la *“semplice determinazione tipologica dello schema e la precisazione topografica degli elementi...”*, con el objeto de aprehender una tercera dimensión en la que la ciudad se manifiesta a sí misma en la *“identità progettuale, interventiva e continuativa fra architettura ed urbanistica”*, en clara referencia a la búsqueda de ese tipo ideal señalado más arriba.

Es destacable asimismo que, de toda la exhaustiva panoplia de fuentes de información tabuladas en ese trabajo, omite la realización de excavaciones en las ciudades, incluso a pesar de que una de las quejas más amargas sea la escasez de datos fiables con los que cuenta. Eso demuestra que, para el conocimiento de la ciudad antigua, la arqueología urbana no era aún moneda frecuente en Italia, aunque ya hubiese adquirido cierta carta de naturaleza en algunas ciudades inglesas y francesas. No obstante, tampoco pueden echarse las campanas al vuelo, pues su contribución al conocimiento de la urbanística antigua era más bien magra, como vuelve a corroborar Goudineau (GOUDINEAU 1982) en la introducción al tomo primero de la magna *Histoire de la France urbaine*.

Y es que, como hemos visto, este proceso de definición arqueológica de las ciudades, se desarrolló con anterioridad a la sistematización de la arqueología urbana. De forma que, cuando aquella ya había fijado sus modelos analíticos, esta comenzó a definirse, dando prioridad sobre todo a consideraciones operativas, pero sin olvidar las conceptuales. En efecto, aunque el principal afán se centraba en dar respuesta a las específicas condiciones del medio urbano para poder llevar a cabo su propósito investigador, a través de este proceso de delimitación de la arqueología urbana, como una rama personalizada de la arqueología, también quedó patente un acercamiento arqueológico distinto a la ciudad.

## Arqueología urbana: un proyecto que no envejece

Se ha explicado, aunque de forma somera, que en la década de los setenta, primero en el Reino Unido

y, más tarde en Italia y Francia, se producen reuniones científicas de arqueólogos cuya temática estaba consagrada a la arqueología urbana. En ellas, la preocupación fundamental radicaba en los instrumentos operativos de los que precisaba la arqueología urbana para su desenvolvimiento, ya fuese para mostrar la preocupante pérdida de información arqueológica que se venía produciendo, ya para que la urbana dejase de ser una arqueología “del último minuto” mediante la introducción de la información arqueológica en los instrumentos de planificación urbanística y territorial (ARCHEOLOGIA E PIANIFICAZIONE 1979). De todos estos encuentros, en realidad el único que, sin renunciar a esos presupuestos prácticos, entró en el debate sobre la ontología de la arqueología urbana fue el celebrado en Tours en 1980, auspiciado por el Ministerio de Cultura francés. Si este congreso no puede considerarse el nacimiento de la arqueología urbana, sí que fue su certificado de nacimiento, pues en sus actas quedó recogido un programa completo para gestionar el conocimiento arqueológico de las ciudades.

En él, Henri Galinié (GALINIÉ 1982a, 21) definió la arqueología urbana como *“la pratique de l'archéologie dans les villes actuelles d'origine ancienne, préromaine, romaine ou médiévale”*. Con esa sucinta definición, Galinié buscaba delimitar los contornos de esta nueva forma de indagación en la ciudad para separarla de lo que era frecuente en esos momentos: la investigación de un monumento o etapa concretos, dejando de lado el resto de la ciudad.

Así mismo, de forma algo más detallada, Martin Biddle (BIDDLE 1982, 51) explicaba que el estudio de las ciudades se extendía en el tiempo, sin distinción de periodo, a través de las fases preurbanas, urbanas o posurbanas; el nacimiento, el declive y el renacimiento de la vida urbana hasta nuestros días. Un estudio que abarcaría toda la escala social, desde las estructuras estatales o eclesiásticas hasta los más humildes habitantes de la ciudad, que trata de aprehender las realidades del conjunto del organismo urbano en todos sus aspectos, cronológicos, geográficos y sociales.

Este programa de investigación se ha consagrado, quizás debido a la amplitud y vaguedad de sus objetivos. A comienzos de la década siguiente, en términos muy parecidos J. Bradley (BRADLEY 1992, 82) mantenía que la arqueología urbana debía ocuparse del estudio de la evolución y el cambiante carácter de las comunidades urbanas, desde sus más tempranos orígenes hasta época moderna. De forma más específica, era de su incumbencia la reconstrucción del medio ambiente antrópico y natural dentro del cual, y como parte de ellos, tienen lugar las acciones humanas. La arqueología urbana estaría asimismo interesada en el pasado de los ciudadanos comunes, de sus casas y calles, de sus negocios, de los mercados y talleres, del estilo y decoración de sus iglesias, de la salud y de las enfermedades, de la variedad de las actividades culturales, religiosas y económicas; en suma, en la vida y muerte de las comunidades precedentes que han habitado las ciudades actuales.

Para estos arqueólogos, la ciudad es equiparable a un gigantesco yacimiento en el que la habitación

no ha tenido solución de continuidad desde sus inicios hasta la actualidad. Aunque en las definiciones acuñadas en ese momento esta comparación no aparece explícita, sí lo está en el debate posterior que siguió a los informes preliminares del Congreso de Tours. Por ejemplo, Michel Brezillon, refiriéndose a la cobertura que deberían tener los proyectos de arqueología urbana en los estamentos oficiales que fomentan la investigación arqueológica, ejemplifica con las ciudades la casuística de yacimientos extensos, con diversos episodios de ocupación, en los que las excavaciones distan unas de otras en el espacio y en el tiempo, pero no obstante lo cual tienen un mismo objeto de estudio: la propia ciudad (*ARCHÉOLOGIE URBAINE* 1982, 207).

La referencia a este prestigioso prehistoriador no resulta baladí, pues la noción de yacimiento usado por la arqueología urbana de los setenta y ochenta no lo tomaban de la arqueología clásica, a la que asociaban con la arqueología en medio urbano, sino de la arqueología pre y protohistórica, para las que el yacimiento era el compendio del reflejo material de la actividad de una sociedad. Cabe notar también que esta influencia está huérfana de las aportaciones procesualistas, sobre todo en lo que se refiere a la interacción de una sociedad con el medio ambiente, término prácticamente ausente en las definiciones en boga durante el Congreso y que, sin embargo, incorpora una década después Bradley.

Aboga en este mismo sentido, el estrecho concepto de ciudad del que hacen gala, limitada al centro histórico, obviando el entorno rururbano que la circunda, a pesar de que muchas ciudades donde se practicaban excavaciones ya se habían expandido abrazando núcleos próximos y áreas de interés arqueológico relacionadas con la ciudad, pero distantes de ella. La división dentro del Museo de Londres entre el Department of Urban Archaeology (DUA) y el Department of Greater London Archaeology (DGLA) refleja, entre otras cosas, esa dicotomía.

Hay una evidente relación entre el despegue de la moderna arqueología urbana y la renovación del sistema del registro en excavaciones, operado durante esa época, cuyos principales divulgadores fueron P. Barker (*BARKER* 1977) y E. C. Harris (*HARRIS* 1979).

Sumarizando en extremo, podría decirse que los cambios fundamentales afectaron a la estrategia de intervención, abandonándose de forma paulatina las cuadrículas características del método wheeler-kenyon por las áreas abiertas experimentadas por Barker en sus excavaciones de Wroxeter (Shropshire, Inglaterra); y en las técnicas de registro, basadas ahora en unidades estratigráficas simples o contextos, en lugar de los estratos del anterior, cuya relación física y temporal se articulaba mediante un diagrama, denominado *matrix*, ideado por Harris. Para describirlas se usaban fichas impresas en las que debían anotarse sus características, así como dibujarse cada una de ellas de forma individual.

El proceso de excavación consistía, pues, en identificarlas y retirarlas en orden inverso al de su deposición. Los fundamentos de la estratigrafía arqueológica, así como los principios que rigen la

recuperación del registro fueron expuestos por E. C. Harris en la obra antes citada. Este trabajo, a pesar de haber suscitado contundentes críticas referidas al entendimiento primario por su autor de los procesos de estratificación (por ejemplo, *STEIN* 1987), ha dominado el panorama metodológico de los últimos treinta años, durante los cuales ha inspirado la mayoría de los sistemas de registro aparecidos (*vid.* *RODRIGUEZ* 2004, 261-296).

Estas innovaciones metodológicas fueron ensayadas por el Museum of London y sus equipos de arqueología urbana (*SPENCE* 1993), como método eficaz para el registro y comprensión de las secuencias urbanas, dominadas por amplios paquetes estratigráficos compuestos fundamentalmente por depósitos. Gracias a ella pudieron documentarse construcciones de época altomedieval fabricadas con materiales perecederos, demostrando la ausencia de solución de continuidad en la ocupación de muchas áreas de ciudades que, hasta esas excavaciones, se pensaban deshabitadas.

Al dar la arqueología urbana importancia a este tipo de secuencias, se ganó el reconocimiento de medievalistas que se habían visto relegados por la arqueología monumentalista, interesada sobre todo en las plantas de los edificios excavados, que menospreciaba los estratos compuestos por sedimentos que “ocultaban” los complejos estructurales de época clásica, y que eran interpretados en términos de grandes destrucciones y ocasos de la vida urbana (por ejemplo, *OCAÑA* 1982).

Durante los noventa, el concepto de patrimonio arqueológico urbano se ha visto enriquecido, pues al vasto mundo de lo soterrado se han añadido, como prolongación emergente, aquellos edificios cuyo “espesor histórico” es susceptible de ser estudiado con metodología arqueológica (*PARENTI* 1988). En la actualidad, las cartas de riesgo suelen incluir un catálogo de edificaciones sobre las que pesa una cautela en razón de su potencialidad arqueológica. No obstante, aún resulta demasiado frecuente reducir este catálogo a edificios singulares, ejemplos emblemáticos de la Arquitectura (con A mayúscula), dejando de lado las edificaciones comunes, las muestras del parque inmobiliario privado que no llegan a tener el reconocimiento de las anteriores.

Esta reducción provoca que la autopsia arqueológica se centre en el inmueble mismo, en sus distintas fases de construcción y reforma, obviando otros aspectos de carácter más contextual, que suelen interesar menos a quienes las promueven, ya que su principal propósito reside en el proyecto de rehabilitación del edificio y no en la investigación histórica sobre las formas de vida de sus moradores, desde su construcción hasta la actualidad (*vid.* *RODRIGUEZ* 2004, 290-295).

A este respecto resulta muy interesante traer a colación las reflexiones que, al hilo del programa docente sobre composición arquitectónica, hacían hace ya bastante años G. Caniggia y G. L. Maffei sobre la conveniencia de deducir los tipos edificatorios básicos y sus variantes en áreas culturales homogéneas, aunque este tipo de análisis sean de aplicación principalmente desde época tardomedieval en adelante. Para ellos estos tipos eran productos de una conciencia espontánea que tenían manifestaciones

diversas, según el momento histórico; de manera que cada momento edilicio era una individualización histórica del proceso tipológico (CANIGGIA y MAFFEI 1987, 57-63). Será a través de este proceso cómo podrán analizarse la formación de las tramas y los tejidos urbanos de una ciudad. La arqueología urbana abre un mundo de posibilidades para este tipo de estudios que hacen innecesario recurrir a *“ricostituire logicamente i termini intermedi tra il prodotto odierno e la sua matrice”* (CANIGGIA y MAFFEI 1987, 58).

Mientras que la historia de las ciudades se ha concebido como la superposición de formas urbanas sucesivas, la manera en la que se produce el tránsito de una a otra carecía de interés para los investigadores, salvo cuando era evidente un proceso de fagocitación o deformación de objetos urbanos anteriores en la formación de las nuevas tramas, y cuyas líneas principales era posible advertir en determinados elementos, sobre todo en alineaciones que perduraban (SAUVAGET 1941; ELISSÉEFF 1982; RODRÍGUEZ 1990; PINON 2001 y ACIÉN 2001).

Sin embargo, no está de más recordar que las ciudades son como articulaciones de diversos palimpsestos donde la generación de nuevas tramas se hace borrando, y/o reabsorbiendo elementos anteriores, pero no de manera necesariamente uniforme, sino que en cada sector o barrio de una misma ciudad es posible encontrar procesos distintos. El estudio de la ciudad, aunque requiera una comprensión conjunta, debe acometerse respetando la variación de situaciones que se dan a escala menor y, por tanto, compaginando el análisis de los inmuebles, su perduración, en su caso, y también el de los paquetes sedimentarios que los ocultan. En ellos será posible encontrar respuestas a preguntas sobre el uso dado a esos espacios o la naturaleza de sus procesos formativos, de los que poder extraer la utilización de esas partes de la ciudad durante las etapas de tránsito.

Para ello resulta precisa la concurrencia de un factor decisivo: un programa de investigación que dé importancia a la información contenida en esos paquetes estratigráficos; y que, en consecuencia, adecue los sistemas de registro para poder documentarlos y aplicarles analíticas de forma conveniente, lo que excluye tratarlos en su retirada como depósitos que ocultan lo realmente importante de la secuencia: pavimentos y muros.

Esa coyuntura resulta incompatible con los criterios de gestión al uso, basados en el tratamiento de la ciudad como una suma de solares aislados, cuya excavación se encarga, por parte de quien esté interesado en su promoción inmobiliaria, al grupo de profesionales que más barato la presupueste, siendo la administración cultural autonómica y/o municipal una especie de invitada de piedra a ese proceso o, todo lo más, la garante de que se apliquen con eficacia los requisitos del mercado.

Frente a la búsqueda de obras de arte o a la excavación de monumentales estructuras antiguas, que habían caracterizado la investigación arqueológica en las ciudades, la moderna arqueología urbana nació ligada a proyectos de conocimiento que requerían equipos estables y tiempos de investigación largos, financiación privada e, indudablemente, liderazgo público. Esa etapa duró poco y, por desgracia, nada hace pensar que semejante programa vuelva a corto o medio plazo.

**Ignacio Rodríguez Temiño**

Conjunto Arqueológico de la Necropolis de Carmona

Av. Jorge Bonsor, 9

41410 Carmona

ignacio.rodriguez.temino@juntadeandalucia.es

## Bibliografía

---

ACIÉN 2001

Acién Almansa, M., "La formación del tejido urbano en al-Andalus", J. Passini (coord.), *La ciudad medieval: de la casa al tejido urbano*, Cuenca, 2001, 11-32.

ALEXANDER 1972

Alexander, J., "The beginnings of urban life in Europe", P. Ucko; R. Tringham y C. Dimbleby (eds.), *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, 1972, 843-850.

AMPOLO 1980

Ampolo, C., "Introduzione", C. Ampolo (a cura di): *La città antica. Guida storica e critica*, Bari, 1980, XI-XIXLIV.

ARCHEOLOGIA E PIANIFICAZIONE 1979

*Archeologia e pianificazione dei centri abitati*, Archeologie Medievale VI, 1979.

ARCHÉOLOGIE URBAINE 1982

*Archéologie Urbaine. Actes du Colloque International (Tours, 1980)*, París, 1982.

AUDIN 1956

Audin, A., *Essai sur la topographie de Lugdunum*, Lyon, 1956.

BARKER 1977

Barker, Ph., *Techniques of Archaeological Excavation*, Londres, 1977.

BIDDLE 1982

Biddle, M., "Vers une archéologie urbaine au service de la société", *Archéologie Urbaine, Actes du Colloque International (Tours, 1980)*, París, 1982, 47-54.

BRADLEY 1992

Bradley, J., "Archaeology and development in Ireland's medieval cities and towns", J. Feehan (ed.): *Environment and development in Ireland (Dublin, 1991)*, Dublin, 1992, 81-86.

CALATRABA 1988

Calatraba Escobar, J. A., "El descubrimiento de Pompeya y Herculano y sus repercusiones en la cultura ilustrada", *Fragmentos*, 12-13-14, 1988, 81-95.

CANIGGIA Y MAFFEI 1987

Caniggia, G. y Maffei, G. L., *Lettura dell'edilizia di base*, Padua, 1987.

CANTO 2001

Canto, A., *La arqueología española en la época de Carlos IV y Godoy: los dibujos de Mérida de Don Manuel de Villena Moziño (1791-1794)*, Madrid, 2001.

CARO 1982

Caro, R., *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y chorografía de su convento jurídico o antigua chancillería* (edición facsímil de la publicada en 1634 por su autor), Sevilla, 1982.

CARVER 1987

Carver, M. O. H., *Underneath English Towns. Interpreting Urban Archaeology*, Londres, 1987.

CASADO 2006

Casado Rigalt, D., *José Ramón Mérida y la arqueología española*, Madrid, 2006.

CASTAGNOLI 1956

Castagnoli, F., *Ippodamo di Mileto e l'urbanistica a pianta ortogonale*, Roma, 1956.



- CHILDE 1950  
Childe, V. G., "The Urban Revolution", *Town Planning Review*, 21.1, 1950, 1-17.
- COLLINGWOOD Y RICHMOND 1969  
Collingwood, R. G. y Richmond, I., *The Archaeology of Roman Britain* (1ª edición 1930), Londres y Nueva York, 1969.
- DE LOS SANTOS 1955  
De los Santos Giner, S., *Memoria de las excavaciones del Plan Nacional, realizadas en Córdoba (1948-50)*, Informes y Memorias, 31, Madrid, 1955.
- ELISSÉEFF 1982  
Elisséeff, N., "El trazado físico", R. B. Sejeant (ed.), *La ciudad islámica*, Barcelona, 113-130.
- FUSTEL 1986  
Fustel de Coulanges, N. D., *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma* (edición facsímil de la publicada en 1864), Madrid, 1986.
- GALINIÉ 1982a  
Galinié, H., "L'archéologie urbaine", *Archéologie Urbaine, Actes du Colloque International (Tours, 1980)*, París, 1982, 21-26.
- GALINIÉ 1982b  
Galinié, H., "Expérience d'archéologie urbaine à Tours (1973-1980)", *Archéologie Urbaine, Actes du Colloque International (Tours, 1980)*, París, 1982, 79-83.
- GASCÓ 1993  
Gascó Lacalle, F., "Historiadores, falsarios y estudiosos de las antigüedades andaluzas", J. Beltrán Fortés y F. Gascó Lacalle (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Sevilla, 1993, 9-28.
- GOUDINEAU 1980  
Goudineau, C., "Sources et problèmes", G. Duby (dir.), *Histoire de la France urbaine. 1 La ville Antique*, París, 1980, 42-69.
- GROS 1985  
Gros, P., "La ville et les vestiges de son passé gallo-romain", *Archéologie et projet urbain*, Roma, 1985, 99.
- HARRIS 1979  
Harris, E. C., *Principles of Archaeological Stratigraphy*, Londres, 1979.
- HAUSCHILD 1985  
Hauschild, T., "Excavaciones en Tarraco", *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas (Zaragoza, 1983)*, Madrid, 1985, 171-178.
- HEIGHWAY 1972  
Heighway, C. (ed.), *The Erosion of History. Archaeology and Planning in Towns*, Londres, 1972.
- KOLB 1992  
Kolb, F., *La ciudad en la Antigüedad*, Madrid, 1992.
- LANCIANI 1990  
Lanciani, R. A., *Forma urbis Romae*, Roma, 1990.
- LASFARGUES 1982  
Lasfargues, J., "Archéologie urbaine à Lyon: bilan et perspectives", *Archéologie Urbaine, Actes du Colloque International (Tours, 1980)*, París, 1982, 101-118.
- MANSUELLI 1978  
Mansuelli, G. A., "Città e cultura in Cisalpina. La regione emiliano-romana", *Un decennio di Ricerche Archeologiche*, Quadreni de "La Ricerca Scientifica" II, Roma, 1978, 289-367.
- MAR Y RUIZ 1999  
Mar, R. y Ruiz de Arbulo, J., "Veinte años de arqueología urbana en Tarragona", *XXV Congreso Nacional de Arqueología (Valencia, 1999)*, Valencia, 1999, 240-248.
- MAZZOLI-GUINTARD 2000  
Mazzoli-Guintard, Ch., *Ciudades de al-Andalus. España y Portugal en la época musulmana (siglos VIII-XV)*, Granada, 2000.
- MÉLIDA 1929  
Mélida y Alinari, J. R., *Arqueología española*, Barcelona, 1929.
- MELUCCO 1989  
Melucco Vaccaro, A., *Archeologia e restauro. Tradizione e attualità*, Milán, 1989.
- MOATTI 1989  
Moatti, C., *A la recherche de la Rome antique*, París, 1989.
- MORRIS 1984  
Morris, A. E. J., *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*, Barcelona, 1984.
- MUDROVICIC 2005  
Mudrovčić, M. I., *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en la filosofía de la historia*, Madrid, 2005.
- NEGUERUELA 1993  
Negueruela, I., "Excavaciones y hallazgos en el s. XVIII", A. Marcos Pous (coord.), *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*, Madrid, 1993, 246-258.
- OCAÑA 1982  
Ocaña Jiménez, A., "Córdoba: Notas topográficas de Roma al Islam", *"Plazas" et sociabilité en Europe et Amérique latine*, París, 1982, 39-42.
- PARENTI 1988  
Parenti, R., "Le tecniche di documentazione per una lettura stratigrafica dell'elevato", R. Francovich y R. Parenti (a cura di), *Archeologia e Restauro dei Monumenti*, Florencia, 1988, 249-279.
- PASAMAR Y PEIRÓ 1991  
Pasamar Alzuria, G. y Peiró Martín, I., "Los orígenes

- de la profesionalización historiográfica española sobre la Prehistoria y la Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)", *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, 73-78.
- PINON 1985a  
Pinon, P., "Rome antique et Rome moderne: superposer ou juxtaposer", *Archéologie et projet urbain*, Roma, 1985, 23-24.
- PINON 1985b  
Pinon, P., "Places et monuments de Rome: «pour embellir Rome, il s'agit plus de détruire que d'édifier»", *Archéologie et projet urbain*, Roma, 1985, 50-51.
- PINON 2001  
Pinon, P., "La transición desde la ciudad antigua a la ciudad medieval: permanencia y transformación de los tejidos urbanos en el Mediterráneo Oriental", J. Passini (coord.): *La ciudad medieval: de la casa al tejido urbano*, Cuenca, 2001, 197-214.
- RENFREW 1975  
Renfrew, C., "Trade as Action at Distance: Question of Integration and Communication", J. A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient Civilization and Trade*, Alburquerque, 1975, 3-59.
- RICCI 1987  
Ricci, A., "Ricerca scientifica e studio degli oggetti: il problema dell'integrazione", *Memorabilia: il futuro della memoria*, vol. 1, Roma-Bari, 1987, 155-167.
- ROA 1890  
Roa s. j., M. de, *Écija, sus santos y su Antigüedad eclesiástica y seglar* (edición facsímil de la publicada por su autor en 1629), Écija, 1890.
- RODRÍGUEZ 1990  
Rodríguez Temiño, I., "Pervivencias de alineaciones de época romana en el tejido urbano actual de Écija (Sevilla)", *Archeologia Medievale*, XVII, 1990, 613-623.
- RODRÍGUEZ 2004  
Rodríguez Temiño, I., *Arqueología urbana en España*, Barcelona, 2004.
- RODRÍGUEZ 2006  
Rodríguez Temiño, I., "Arqueología e investigación del urbanismo islámico en las ciudades andaluzas: balance de veinte años de gestión", *Arqueología y Territorio Medieval* 13.2., 2006, 157-173.
- ROUSE 1995  
Rouse, R. H., "La transmisión de los textos", R. Jenkyns (ed.), *El legado de Roma. Una nueva valoración*, Barcelona, 1995, 43-61.
- SAUVAGET 1941  
Sauvaget, J., *Alep: essai sur le développement d'une grande ville syrienne, des origines au milieu du XIX<sup>e</sup> siècle*, París, 1941.
- SERRA 1932  
Serra Vilaró, J., *Excavaciones en Tarragona*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, Madrid, 1932.
- SMITH 1972  
Smith, M. G., "Complexity, size and urbanization", P. Ucko; R. Tringham y C. Dimbleby (eds.), *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, 1972, 576-574.
- SOMMELLA 1976  
Sommella, P., "Sull'urbanistica di piano romana in Italia", *Archeologia Classica*, XXVIII, 1976, 10-29.
- SOMMELLA 2001  
Sommella, P., "Dopo Lanciani", M. P. Guermandi (a cura di): *Rischio archeologico: se lo conosci lo eviti. Atti del convegno di studi su cartografia archeologica e tutela del territorio (Ferrara, 2000)*, Bolonia, 2001, 20-28.
- STEIN 1987  
Stein, J. K., "Deposits for Archaeologists", *Advances in Archaeological Method and Theory II*, 1987, 337-395.
- TARACENA 1949  
Taracena, B., "Noticia histórica de los museos arqueológicos españoles", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LV, 1949, 71-89.
- TRIGGER 1992  
Trigger, B. G., *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, 1992.
- WAYWELL 1995  
Waywell, G., "El arte", R. Jenkyns (ed.), *El legado de Roma. Una nueva valoración*, Barcelona, 1995, 269-297.